

22

OBRA MAESTRA
DEL
CINE

*El valor de la
virtud.
por
Perla Blanca*

25
cts.



BLANCHE, Hunkert

Año I - N.º 17
Barcelona.
6 Series. 7034
Redacción y
Administración
Pelayo, 82
Teléfono 2125 A

OBRAS MAESTRAS
DEL
CINE
PUBLICACIÓN SEMANAL

Sección:
Nº 17 a 20
b. 1934
Nº 15 a 20
Nº 21 a 25
Extra.º 50

LA INDOMABLE

(THE UNDOMABLE, 1922)
Argumento de la emocionante película de este
título, marca «UNIVERSAL»

CONCESIONARIOS: **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**
Valencia, 231 - Barón 111

PERSONAJES PRINCIPALES

Joy Fielding	Edna	Chester Arnold	Al Moy	Gladys Walton	Malcolm Mc Gregor	Ella Lee
--------------	------	----------------	--------	---------------	-------------------	----------

I

Era una mañana de junio. El sol doraba los campos, arrojando reflejos radiantes al agua de los arroyos y regatos, tal si les clavara en el seno moviente flechas de oro. Irradiaba el



Año I — N.º 22

Barcelona,
29. Agosto 1924Redacción y
AdministraciónPelayo, 60
Teléfono 4128 A

OBRAS MAESTRAS

ORI

CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL

Subscription:
España 3 pts. tel.
Extr. 17 x año
Extr. 17 x año
Extr. 17 x año
Extr. 17 x año
Extr. 17 x año
Extr. 17 x año
Extr. 17 x año
Extr. 17 x año

El Valor de la Virtud

(WITHOUT FEAR, 1922)

Novela cinematográfica, según el argumento
de la preciosa película de este título,
marca FOX

Concesionarios: **Hispano Foxfilm, S. A. E.**

VALENCIA, 280. — BARCELONA

PERSONAJES PRINCIPALES

Ruth	Perta Blanca (Perta White)
Warren Hamilton	Charles Mackay
Walter Hamilton	Robert Agnew
ROBERT ELLIOT, MARK BURKE, MACEY HARLAN	

En casa del escandalado Warren Hamilton, no faltaban riquezas, lujos, comodidades, todo cuanto envidia el hombre, porque supone, que al poseerlo, su dicha será completa, o por lo menos está en camino para alcanzarla. Pero no

debe ser absolutamente cierto, desde el momento en que en el hogar de los Hamilton, como en otros muchos en que sobra el dinero, no reinaba la armonía, sino que, por el contrario, eran frecuentes las discusiones entre los esposos.

La causa principal de estas desavenencias conyugales, era Walter, el hijo único de los Hamilton, pues Ruth, que compartía con ellos el hogar, sólo era hija adoptiva y puede decirse, que la única nota agradable de aquel concierto familiar.

El día que comienza nuestra historia, el matrimonio estaba enzarzado en una de sus más ágrias discusiones. El, que poseía unas ideas tan estrictas acerca de los deberes que ruyaban en la tiranía, afcaba el poco celo que Walter ponía en el cumplimiento de sus obligaciones, mientras la esposa, llevada de su amor de madre, que la hacía ser en extremo indulgente con las faltas del hijo, defendía a éste con tesón.

—No debes olvidar que nuestro hijo es todavía casi un niño—abogaba la madre, terca en su defensa.

El padre, convertido en fiscal severo, replicó:

—Cuando yo era de su misma edad estaba siempre en la oficina a la hora de empezar el trabajo. Mira la hora que es—prosiguió mostrándole su reloj—este muchacho no ha bajado aún a desayunarse.

—¡Tiempo tendrá de levantarse temprano y trabajar!—comentó la madre.

—¡Muy bonito!—refunfuñó Hamilton, mirando el comedor, en que estaban, a zancadas.

Walter, como muchos hijos de rico, pensaba en todo... menos en trabajar. Mientras se desparezía, se arregló y se dispuso a bajar al comedor a tomar el desayuno para irse a la oficina, transcurrieron aún cerca de dos horas.

El saludo de su progenitor, no fué muy cordial que digamos, pues en cuanto lo tuvo a la vista, le espetó:

—¡He soportado ya bastante tus tonterías! ¡Mañana estarás en la oficina a las nueve!

Pero Walter, que estaba acostumbrado a esas escenas, respondió sin alterarse:

—¿A las nueve de qué?... ¿de la mañana?

—¡Que cuitismo!—exclamó su padre lleno de indignación.

La presencia de Ruth, que llegaba seguida de Guillermo Barton, en traje de amazona ella, que realzaba su natural y espléndida hermosura, cortó la escena que tendía a hacerse más desagradable que otras veces. Sin embargo, a la joven no se le escapó que los rostros no estaban tan sonrientes como a ella le gustaba verlos y exclamó, dirigiéndose a Walter:

—Sigue mi consejo... Levántate temprano y da un paseo a caballo por el campo. Es muy bella la salida del sol...

Walter, contestó humorísticamente:

—Lo sé, Ruth... La veo todas las mañanas... cuando regreso a casa.

El jefe de la casa, procuró dejar solos a Guillermo y Ruth, con un fútil pretexto.

Hay que decir, que Guillermo Barton, era

el vástago de una familia aristocrática, a quien Hamilton, a pesar de su orgullo, consideraba un excelente partido para su hija adoptiva. Pero Ruth, en vez de envanecerse con su privilegiada situación, sentía aversión a las barreras establecidas por las castas sociales, por lo que le tenía sin cuidado que el nombre Barton fuese de rancio cepa aristocrática.

Al encontrarse solos, él la preguntó:

—Ruth... ¿por qué me mantiene usted en la ansiedad de la espera? ¿No se decide a darme el sí que tanto anhelo?

Ruth frunció levemente el ceño y con voz segura repuso:

—Le estimo a usted verdaderamente, Guillermo, pero como amigo. En cuanto a otra cosa... no lo he pensado aún.

Barton no aguardaba aquella contestación, pues creía que su lustre aristocrático lo inmunizaba contra unas escalabazas, aunque quien les diera fuese una muchacha tan gentil y tan encantadora como Ruth, así es que palideció un poco y comentó:

—Pero... tenga en cuenta que su papá ha dado ya su aprobación... a nuestro enlace.

—Sí, sí, no lo dudo—replicó con viveza la joven—, pero tenga usted también presente que es muy peligroso aprobar una cosa sin consultar antes al corazón interesado en asunto tan importante. En fin, amigo Guillermo—terminó Ruth— no hablemos de esto... por ahora. Cuando yo me decida la diré finalmente si acepto o no.

Barton quedóse frío, saludó ceremoniosamente y salió.

II

Muy cerca del hotel de los Barton vivía Jhon Martín, improvisado *Napoleón* del campo financiero. Le había sonreído la fortuna, pero la estaban vedando los esplendores sociales, pues no era admitido, a causa de su origen obscuro, en los grandes clubs y en los aristocráticos salones. Sin embargo, los magnates del dinero y del pergamino, le admiraban y le temían, pues ya se ha dicho que Martín era un financiero audaz y temible.

Guillermo Barton, a pesar de que el nombre del financiero no tenía el esplendor del suyo, cultivaba la amistad de Jhon Martín, pues en definitiva, en la sociedad moderna, no hay nada que brille tanto como el oro y Martín lo tenía en gran cantidad.

Al salir de casa de los Hamilton, cargado con sus escalabazas, Barton fué a la de Martín para prevenirle:

—Vengo a decirte que te he propuesto para socio del Hudson Club.

Jhon no era orgulloso y, por lo tanto, le tenía sin cuidado figurar o no en sociedad, y contestó:

—Muy agradecido por la fineza; pero creo que allí no estaré en mi centro. Ya sabes que no tengo pretensiones sociales.

Barton estaba decidido a favorecer a su amigo, por la cuenta que le tenía y protestó:

—Un hombre como tú hace tiempo que debería haber procurado abrirse paso hacia los círculos de la alta sociedad. Permíteme presentar tu solicitud de ingreso en el Hudson Club. Y a propósito—concluyó—¿cuáles son las últimas impresiones del mercado?

Ihon Martín puso al corriente a su amigo de lo que debía saber y Barton se despidió de él quedando en que presentar la solicitud.

Al día siguiente un acontecimiento inesperado, hizo conocer a Martín a su linda vecinita Ruth.

La joven, como todas las mañanas, había salido a dar un paseo a caballo. Martín también había salido a pasear a caballo aquel día. No era el financiero un jinete experto. Puso al trote su cabalgadura, que como se pasaba muchos días al rac en completa ociosidad en la cuadra, estaba fúgoso y con ganas de lanzarse al galope. Martín lo refrenaba para contenerlo y con tan poca destreza le tiró de la brida, que al corcel se le calentó pronto la boca comenzando a dar saltos de carnero, con lo que Jaon Martín milló el suelo en el momento en que Ruth, que se había apercibido del peligro, pues pasaba por el mismo sitio, fustigó a su caballo para tratar de socorrer al para ella desconocido jinete. Pero cuando la joven echó pie a tierra casa Martín de su cabalgadura, perdiendo el conocimiento Ruth le empujó las sienes con agua y al notar que Martín se movía y volvía en sí, montó en su caballo y partió a galope.



— ¡Vaya una coincidencia! ¡Parece que el dueño de aquel rancho igual a él!

Cuando Jhon Martín recobró el conocimiento, la joven había desaparecido. Sólo quedaba en su mente el recuerdo de una visión. Sus esfuerzos por encontrarla en el bosque, fueron infructuosos. Y el caso es, que en el corazón del financiero había quedado para siempre grabada aquella imagen.

Pasados algunos días, Barton llevó a Martín al Hudson Club. Era la misma noche en que se votaba la solicitud de ingreso de este último.

Había una lista de miembros propuestos, en la que estaba incluido Jhon Martín, a propuesta de Guillermo Barton. Cuando Warren Hamilton leyó el nombre del financiero, llamó a parte a Barton para decirle:

—¿Me quiere usted decir qué se propone al presentar a este advenedizo como socio? ¿Es que vamos a darle aquí entrada a toda clase de personas?

—Jhon Martín es nuestro primer financiero, señor Hamilton—repuso Barton.

—Todo lo financiero que usted quiera, Barton, pero su nombre es de origen plebeyo—repuso el irreductible Hamilton.

Barton se separó de él y fué a reunirse con Martín, que le dijo:

—Creo poder adivinar lo que te decía el señor Hamilton.

Guillermo, confesó:

—Que se opone resueltamente a tu ingreso.

A Martín no le afectó poco ni mucho la noticia y como era hombre de lógica, replicó:

—Y tiene razón, Barton. No me corresponden estos lugares. Puedo asegurarte que me encontraría aquí enteramente fuera de mi elemento.

Y sin aguardar el resultado de la votación, que ya contaba con que le fuese adversa, salió del Hudson Club con la misma indiferencia con que había entrado.

III

Ruth, que tenía en su mano todas las oportunidades para llegar a la frivolidad y ser como las demás muchachas de su rango social, ligera y despreocupada, se sentía feliz protegiendo a los pobres. Frecuentemente organizaba festejos y cuestaciones para recaudar dinero y aliviar con él la precaria situación de las familias humildes.

La joven había resuelto hacer una vez más estas obras de caridad y como para ellas necesitaba el concurso de las gentes adineradas, les expuso su proyecto.

Jhon Martín, enterado del propósito de Ruth, en la que reconoció en ella a la preciosa muchacha que lo auxilió cuando cayó del caballo, alabó:

—La obra de usted, es admirable, señorita. ¿Permite que la ofrezca mi concurso?

—Acepto con mucho gusto su ofrecimiento, caballero—repuso la joven.

Estaban en la playa, centro de reunión ma-

manera de la buena sociedad. Cuando se alejó el financiero, alguien advirtió a Ruth:

—Aquél es Jhon Martín... uno de los millonarios surgidos de la noche a la mañana.

La joven fijó en su memoria este nombre y como cuando se trata de pedir dinero la sociedad no es tan rigurosa como cuando se trata de admitir en los salones al primero que se presenta, al extender las invitaciones Ruth incluyó en ellas a Jhon Martín sin que las demás muchachas interesadas en el caritativo proyecto, hicieran ninguna objeción, ni pusieran coto alguno.

Guillermo Barton fué el encargado de presentar a su amigo Jhon a Ruth.

—Permítame—habló Barton—que le presente al señor Martín. Está empeñado en contribuir a esta obra iniciada por usted.

Ruth, antes de responder a esto, dijo a Barton:

—¿No podría usted conseguir por allí una pluma de escribir?

De esta forma alejó a su pretendiente que no extrañó este deseo puesto que Ruth estaba anotando los nombres de las personas que entregarían dinero para sus pobres. Y cuando Barton se alejó, estrechó la mano del financiero, exclamando:

—¡Tengo un gran placer en verle a usted de nuevo, señor Martín!

—Y yo el de hablar nuevamente con la bellísima señorita a quien debo la vida. ¿Y cómo podré expresarle mi gratitud?—interrogó Jhon.

—Me basta que contribuya usted a esta obra de caridad—replicó ella dedicándole la más deliciosa de sus sonrisas.

Y como llegaban otras personas y Martín ya estaba anotado en la lista, se retiró prudentemente, sin dejar de mirar con pasión a la hermosa muchacha.

Al llegar la temporada social, Ruth redactó la lista de invitados para un baile de trajes. Esta en la que parecía estar muy interesada hacer personalmente. Estaba escrita con lápiz, figurando en ella, en lugar principal, Jhon Martín.

Al mostrársela a su padre adoptivo, el sobebio Warren Hamilton, le dijo éste:

—Martín no es acreedor a tal distinción. Creo que debería saberlo—y tachó con lápiz el nombre del financiero.

Ruth, protestó:

—Pero... papá, si usted conociera a Martín seguramente que...

—¡Nada de razones!... ¡No será invitado!—arguyó Hamilton.

Uno, aprobó:

—Tiene usted razón, señor, tiene usted mucha razón.

La joven no pudo convencerlos de que procedían injustamente con el hombre que tan generoso se había mostrado al contribuir a una obra de caridad.

IV

Mientras el señor Hamilton se mostraba tan intransigente respecto a elegir personas dignas de su alta posición social, su fortuna se hallaba al borde de la bancarrota.

Así se lo advirtió su secretario:

—Con entera franqueza, señor. Su casa irá a la quiebra a no ser que alguien venga inmediatamente en su ayuda.

¿Tan mal van mis negocios?

—Sí, señor. Las últimas jugadas de bolsa han sido desdichadísimas.

—Bien, bien, haga usted las necesarias gestiones para obtener un préstamo fuera de aquí. No quisiera solicitarlo de mis amigos a no ser que ello fuera imprescindible.

El secretario, repuso:

—Me he entrevistado ya con sus amigos... sin que usted me lo indicara. Desgraciadamente ninguno está dispuesto a servirle.

—¿No hay nadie capaz de hacerme un préstamo? ¡Parece increíble!—exclamó Hamilton.

—Hay solamente una persona a la que podemos acudir—afirmó el secretario.

—¿Y esa persona?—interrogó Warren.

—Es John Martín.

El señor Hamilton se enfureció:

—¡Martín! Ya estoy harto de oír este nombre: ¡en el Club, en la Bolsa, en los Bancos, en todas partes! Acudir a él, ¡nunca! ¡No me importa lo que suceda!



—Tu padre ha sido informado de que estabas a visitarme anoche.

—Piénselo bien, señor Hamilton—le aconsejó el secretario—. Cuando un hombre está ahogándose no se pone a pensar en la clase de madera del leño que fleta.

No obstante estas prudentes razones, de filosofía práctica, Warren Hamilton quiso hacer una última intención recurriendo a Guillermo Barton, que al conocer sus pretensiones, se disgustó:

—Pues lo siento mucho, amigo mío...

El secretario, insistió:

—No hay otra alternativa. Hay que hablar a Martín o ir a la quiebra: ¿Quiere usted que vaya a verle y prepare una conferencia?

—Será mejor que le hable yo que soy su amigo—propuso Barton.

Así quedó convenido y Guillermo fuése a ver al rico financiero. Pero en vez de decirle francamente cual era el objeto de aquella visita le habló de su entrada en sociedad y de la conveniencia de que asistiera al baile de trajes que daban los Hamilton.

Martín, protestó:

—¿Pero... a qué tanta insistencia? Ni me gusta la llamada sociedad, ni las personas que la forman.

Entre las personas que la forman—apuntó Barton—hay una que conociste con placer especial; y esta es la señorita Hamilton. ¿La has vuelto a ver desde aquel día de la playa?

—¿Vaya una pregunta!—exclamó Martín—. ¿Cómo puedo haber vuelto a verla?

—Con mayor motivo entonces—repuso el oficioso amigo—. Sería perfectamente natural

seguir cultivando su amistad. Verla y enamorarse de ella es simultáneo.

—Pero, sin duda, deberá tener ya algún amigo predilecto...

—Te diré—confesó Barton—. Una vez llegué a imaginarme que sería yo. Sin embargo, hace algún tiempo que sospecho me engañé.

El financiero guardó silencio. Esta actitud despertó los celos de Barton, que estaba enamorado de veras, de la linda joven.

Prometió Martín aceptar la invitación que Barton le hacía en nombre de los Hamilton, para asistir al baile de trajes y se despidieron: extrañado Martín del súbito cambio del soberbio y orgulloso Warren Hamilton, respecto a aceptarlo en sociedad y más celoso y predispuesto que nunca, el aristócrata Guillermo Barton.

V

La noche del baile de trajes, cuando Guillermo Barton llegó al hogar de los Hamilton, se encontró con que Ilean Martín se le había anticipado, y eso que él fué uno de los primeros, pues aún estaban casi desiertos los salones.

Ruth estaba encantadora, bajo su vistoso traje de baile que figuraba una bandera norteamericana.

Martín se tropezó de manos a boca con su amigo Barton, que ya comenzaba a fastidiarle, no tanto por su oficiosidad, sino por el hecho de

haber supuesto que Ruth lo había distinguido, en una época, de los demás.

—¿Salió usted?—interrogó Barton.

—Sí... iba... al jardín a tomar un poco el aire—repuso el financiero con todo modesto, pues a lo que iba en realidad era en busca de la joven que con su belleza le había trastornado los sentidos y a la que no había visto aún, así como a ninguno de la casa.

Barton contestó:

—No, gracias, no se molestó usted. He cambiado de idea.

Martín, salió del chal de los Hamilton dirigiéndose a su casa para esperar el tiempo suficiente para que Barton se despidiera respecto a sus propósitos y también porque consideraba una ofensa el que no le habían notado su presencia, y cual no sería su asombro cuando vió entrar en su casa, situada a corta distancia de la de Warren Hamilton, nada menos que a Ruth. El financiero salió a recibir a su encantadora e inesperada visita, con los brazos tendidos hacia ella.

—¡Mi adorable amiga, cuánto placer en verla! Pero... ¿no ha tenido usted cometer un error al venir sola a mi casa?—preguntó Martín.

Prometí a usted hace unos días que vería mi traje de baile... y he venido a cumplir mi palabra.

—Se lo agradezco en el alma... y en verdad que está usted fascinadora—replicó él.

—¿Le gusta mi traje? ¡Cuánto me alegro! Pero me dice usted siempre las mismas pala-

bras: que soy una amiga fascinadora, que soy una buena amiga.

—¿Y no lo es usted, Ruth?

Ella no esquivó la respuesta categórica:

—A pesar de que mis amigos no se expresan respecto de usted en los mejores términos.

—¡Bah! ¿qué importa lo que ellos piensen, si usted acepta mi amistad?—contestó Martín.

Ruth frunció el ceño ligeramente y moviendo la cabeza musitó:

—Triste es decirlo... ¡parece que usted no comprende por qué he venido a verle!

Y diciendo esto, que fué una revelación para el financiero, se dispuso a marchar. Pero entonces él la retuvo dulcemente y la reprendió:

—¿Por qué privarme ahora de su compañía que tan dichoso me hace? ¿Significa aquel tal le algo para usted ahora, en presencia de quien la idolatra?

La muchacha pretendió ocultar su emoción diciendo:

—¡Oh! déjeme usted marchar. Advertirían mi ausencia.

Pero puso Martín una cara tan triste, que ella hubo de preguntarle:

—¿Por qué no vienen usted también?

—Ya estuve hace un rato.

—¿Y lo han enojado?

—¿Enojado?—pronunció él como un eco. Y luego:

—Todas esas grandezas sociales rendirían su orgullo ante mí si yo quisiera. ¡No pueden

enojarme sus humillaciones aunque lo intenten!

Ruth afirmó:

—Sí, todas... ¡con excepción de mi padre!

En esto llamaron a la puerta y Martín salió a informarse por un criado de quien era la persona que llamaba. Cuando volvió a reunirse con la joven, ésta le preguntó:

—¿Qué sucede?

—No es nada... un individuo que desea ver que para un asunto de importancia.

—Entonces me marcho —dijo ella.

No, no, entre aquí... y espere unos momentos. Le indicaré un cuarto a la joven.

El visitante entró, anunciándose:

—Soy Warren Hamilton.

—Pues usted dirá, señor Hamilton.

—Me he aventurado a venir sin haberle anunciado mi visita... Mi secretario le habrá informado seguramente del objeto de la misma.

—Sí, algo me dijo; pero con cierta vaguedad. Así es que si usted quiere explicarse... —contestó el financiero.

—Nada más sencillo: que si usted no puede prestarme su ayuda financiera, la firma de Hamilton y Compañía irá a la quiebra.

Martín repuso:

—Conociendo lo mucho que una casa de la importancia de la suya, significa en el mundo de los negocios... estoy dispuesto a servir a usted en cuanto sea necesario.

—Muy agradecido. ¿Cómo podré pagarle lo que hace por mí? —preguntó Hamilton.

—Quién sabe... Algún día podré yo necesi-



—Pero si yo te amo!

tar de usted—replicó vagamente el financiero.

Puede usted ordenarme lo que tenga a bien, señor Martín—dijo el orgulloso Hamilton, despidiéndose.

Ruth había salido casi al mismo tiempo, llegando poco antes que su padre adoptivo a su casa. Pero cuando vio a éste le salió al encuentro, preguntándole:

—¿Cómo estás, papá?

Warren, contestó:

—¡Vaya una coincidencia! Juraría que vi fuera de aquí un vestido exactamente igual a ese, no hace veinte minutos.

Ella encontró la salida:

—Sí, están de moda... Pueden verse iguales en casi todas partes.

Hamilton, convencido de que no era Ruth la que había visto aquella noche, como una sombra fugaz que se deslizaba delante de él, fué en busca de su secretario, para decirle:

—Tenía usted razón respecto a Martín... Es un buen chico... Se puso a mi disposición para todo.

El financiero, como estaba invitado al baile de trajes que daban sus vecinos y como deseaba hablar nuevamente con Ruth y saber cómo había escapado de su casa sin él notarlo, volvió a casa de los Hamilton, que esta vez lo recibieron con agraso.

Tan pronto como pudo quedarse a solas con la joven, la preguntó:

—Pero, ¿por dónde salió usted?

—¡Oh! eso es un secreto... demasiado agra-

dable para que yo se lo revele a usted—replicó ella riendo.

En esto se acercó Barton para invitar a bailar a Ruth, que le contestó:

—Gracias... creo que no bailaré con nadie esta noche.

Y continuó escuchando las frases apasionadas que la dirigía Martín... del que ella estaba enamorada también.

VI

A la mañana siguiente, Guillermo Barton, al que Ruth había desairado la noche del baile, deseoso de tomar venganza contra Martín, su afortunado rival declaró a Warren Hamilton que había visto dicha noche entrar a Ruth en casa del financiero, pues hay que decir que el aristócrata, convertido en celoso egipcio, hablaba seguido.

Como Hamilton lo pusiera en duda, le dijo Barton:

—Si usted no me cree, puede traerme a Jhon Martín a mi presencia.

—Le mandaré venir inmediatamente!—estalló Warren.

Cuando hubo dado orden para que avisaran a Martín que fuera enseguida, Barton insinuó:

—Estoy dispuesto a perdonar a Ruth y darle mi mano... aún a pesar de todo.

Hamilton no le oyó siquiera, pues rugía como una fiera herida.

El financiero no se hizo esperar. Cuando estuvo ante Hamilton, le dijo éste:

Acabo de saber la razón del por qué se mostró usted tan generoso conmigo.

—No sé a qué se pueda usted referir—replicó Martín, poniéndose en guardia.

—¡Contésteme categóricamente! ¿cómo usted a mi hija?

—No—repuso John.

—¿Bajo su palabra de honor?

—Sí.

—¡Miente usted!—gritó colérico Hamilton, y sacando una pistola, le amenazó:

—¡Vá usted a confesarme toda la verdad o!

Martín, que no quería de ningún modo comprometer a Ruth, lo atajó con estas palabras:

—He aquí mi pecho... dispare usted si quiere. Después dirá el mundo que de ese modo procuró usted deshacerse de un acreedor inoportuno.

Hamilton apartó la pistola, pero fijo en su idea, insistió:

—Mi hija me confesó haber estado en su casa... anoche ¿Tiene usted la cobardía de negarlo?

—Lo que yo tengo, señor Hamilton—suplicó con gesto sereno Martín—, es el orgullo de pedir a usted la mano de su virtuosa hija.

Estas palabras amasaron como por encanto a Hamilton, que repuso:

—Siendo así... concedida.

—¿Me permite usted que la vea ahora mismo?—preguntó el enamorado loco de alegría.

—Sea.

—¿Y hablar con ella a solas?

—También.

Ruth fue avisada para que bajara y Warren Hamilton dejó solo a Martín. Cuando estuvo frente a frente con la joven, la dijo:

—Tu padre ha sido informado de que estuviste a visitarme anoche.

—Y dice que tú se lo confesaste—contestó Ruth apartando su mano de entre las de él, que se la había cogido en una caricia emocionada.

—No es verdad que yo se lo dije—negó Martín.

—Entonces, ¿por qué lo afirma? Mi padre no acostumbra a mentir.

—Yo tampoco cuando la mentira te perjudica. Negué que estuvieras a verme, a pesar de que él estaba ciego de ira... y me amenazó con quitarme la vida si lo negaba.

—¿No me engañas, Martín?

—No, Ruth, te lo juro. Y le he pedido tu mano... Ha dado su consentimiento.

Martín se había figurado que esto acabaría de tranquilizar a su novia, que por el contrario, se revolvió airada:

—¡De modo que me has pedido!... ¡Has hecho exactamente lo que había de convencerte de mi culpa! No... ¡él puede haber consentido... pero yo rehúso!

Pero... ¿no me dijiste ayer que me amabas?—preguntó confuso y dolorido el financiero.

—¿Y ha podido usted creer un solo momento que yo daría mi mano a un hombre que se

casara conmigo por cobardía?—interrogó la joven dándole ya el tratamiento que rompía toda familiaridad entre ellos.

—Sí, razonable, Ruth.

—No existe razón alguna por la cual hayan de forzar a usted a un casamiento conmigo. ¡Antes la muerte que aceptarlo!—afirmó la joven que en aquellos momentos de indignación estaba más preciosa que nunca.

Martin exclamó con tono apasionado:

—Pero ¡si yo te amo! ¡Si deseo darte la protección de mi nombre! Quien trajo tan mezquina historia a tu padre será capaz de manchar tu reputación donde quiera.

—Que lo haga si le place! ¡Nunca podría yo ser peor que si ahora me casara con usted!

El se resignó, apenado:

—Demos por terminada esta triste entrevista. Adiós.

Cuando estuvo fuera John Martin, Warren preguntó a la indignada muchacha:

—¿Qué... os habéis entendido?

—No, papá—replicó secamente Ruth.

—¿Qué dices, desdichada? ¿Rehusaste?

La joven contestó valientemente:

—¿Esperaba usted, padre mío, que aceptara la mano del hombre a quien se le ha forzado a que ofrezca su nombre a una mujer?

—¡Pero tú has manchado tu honor! ¡Tú debes casarte con él!—arguyó cargándose de razón, Hamilton.

Estaría manchada ante mi propia conciencia si hiciera lo que usted propone. ¡No podría jamás alzar mi frente con orgullo!—repuso la



Si un ardor... a mujer alida, una letrada si no es
ya tarde... para volver tu corazón

hermosa muchacha con aire de desafío a la maledicencia de la gente.

Hamilton siguió razonando a su manera:

—Entonces, ¿tú prefieres que el mundo diga que he salvado mi situación a expensas de mi hija?...

—No comprendo—murmuró la joven. Su padre adoptivo prosiguió levantando la voz, más aún:

—¿Cómo se habrá reído el miserable cuando anoche me humillé ante él al recibir el préstamo que me salvaba de la ruina!

—¡Ah!, ¿él le hizo un préstamo por salvarle?

Hamilton no lo oía, pues se lo impedía su orgullo herido. Continuó declamando:

—¡Toda mi vida he mirado al mundo cara a cara! ¡Ya no podré vencerlo más!

El rostro de Ruth se iluminó de alegría; pues entonces comprendió la actitud de Jhon Martin, ahondando en su alma desbordante de generosidad y de amor para ella, y dijo:

—¿No sabía que Martín hubiese sido tan noble!... ¡Nada me dijo!

—¿Y qué?—preguntó Warren, que no acababa de comprender el mérito de la conducta del financiero. Ruth insistió:

—¡Padre mío! ¿No comprendes ahora por qué no me habló antes de sus propósitos de casarse conmigo? ¡Era que deseaba servir a usted desinteresadamente... sin poner precio a su obra generosa!... ¡Y yo que creí que sólo por miedo le había pedido hoy mi mano! ¡Y no era miedo, era... pudor!

—Sí, sí, ahora comprendo. Es mejor de lo que yo imaginaba ese muchacho—acabó por confesar el orgulloso aristócrata.

VII

Cuando a uno le dan escalabazas, en lo primero que piensa es en cambiar de aires. Y como Jhon Martin, aunque financiero, no había de ser distinto a los demás, se dispuso a partir para lo cual preparaba su equipaje. Había avisado a la servidumbre que no deseaba ver a nadie, de manera que cuando Ruth llamó a la puerta de su casa, el sirviente que la recibió, al enterarse de que pretendía hablar con su amo, la advirtió:

—Lo siento, señorita, pero el señor Martin está preparando su equipaje para hacer un viaje a las regiones árticas del Sudán.

Ruth no quiso insistir, pero por el mismo sitio que salió de casa de Martin la noche del baile, entró ahora; es decir, por una ventana.

Al oír el ruido, el financiero exclamó:

—Sospechaba que fuese un ladrón.

Entonces Ruth llegóse a él, y poniéndole una mano sobre el hombro, comentó:

—Sí... un ladrón, o mejor dicho, una ladrona... si no es ya tarde... para robar tu corazón.

Y Martin suspendió su viaje al Sudán, por un beso de aquella boca que se le ofrecía frágil.

PIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En su próximo número, que aparecerá el día 5 de septiembre, publicará

LA INDOMABLE

según el interesante argumento del mismo título, por la actriz Universal, interpretada por la estrella Gladys Walton.

LA INDOMABLE

es la historia de una mujer críes cuya irritabilidad la convierte en tirana de cuantos la rodean, que termina a su último como la fiera al de su domador.

Postal de Norman Kerry.

¡COLECCIONISTAS!

Pueden adquirirse todos los números publicados por OBRAS MAESTRAS DEL CINE con un descuento de precio:

En Madrid: D. Manuel Fernández, kiosco del Paseo de Recoletos, frente al núm. 14.

En Valencia: D. Vicente Pastor, calle Nueva, núm. 15.

En Zaragoza: D. Manuel Muñoz, calle Batallas, núm. 11.

En Buenos Aires (América del Sur): D. Antonio Altamirano, calle Belgrano, núm. 1295, Casilla núm. 2538.

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Para dar mayor garantía a los lectores de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, el sorteo de las postales se hará en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo el premio de OBRAS MAESTRAS DEL CINE al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En cada ejemplar de OBRAS MAESTRAS DEL CINE se incluye una hermosa postal al hocco-grabado con el retrato de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que irán numeradas, darán derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

Han obtenido premio los siguientes lectores:

En mayo, la señorita Muriel J. Davant, calle Teófilo Gallego, 18, Albacete.

En junio, don Leonardo Santacasa, de Igualada.

En julio, don Angel Lescarboura, de Chinchilla.

En agosto, don Joaquín Lillo, calle de los Angeles, 4, Barcelona.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Padracho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Leciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bauu, el dolcheique* (extraordinario); postal de Thomas Meighan; 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray);

9.ª *Sin ayuda de nadie* (postal de Betty Compson); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cochorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Mottel); 19. *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Novarro); 20. *El padre Juanco*—Mossen Janot; (postal de Alice Terry); 21. *Por las que amamos* (postal de Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (postal de Priscilla Dean).



PUBLICACIONES DE "EL CINE"

Para ser artista de cine

De gran interés en el que el gran trágico Sidney y el incomparable cómico Charlot explican los secretos para triunfar en el arte mudo. (Agotado).

La dama de las camelias

Adaptación a la pantalla de la inmortal obra de Dumas, reemplazada por Alla Nazimova y Rodolfo Valentino; 68 páginas de nitida lectura con profusión de fotografías. (Agotado).

Argumentos de películas

El hijo púrpura. — *Prueba trágica*. — *Marcel*. — *El circo de la muerte*. — *El bucle de oro*. (Agotados).

Antonio Moreno

Detallada e interesante información de la trágica agitación de que fué víctima el popular actor cinematográfico en Los Angeles (California). (Agotado).

Los reyes en la intimidad

Lujoso libro con cubiertas a todo color e interesantes fotografías, biografías, anécdotas y aventuras galantes de los reyes. Muy interesante, muy entretenido y completamente histórico. (Agotado).

Para ser bella

Útilísimo volumen que contiene interesantes consejos escritos por las más célebres actrices cinematográficas indicando el modo de adquirir y conservar la belleza, con lecciones prácticas de maquillaje, manicura, preceptos higiénicos, recetario, etc., etc., con magníficos grabados. — Precio: 2 pesetas.

Almanaques de «El Cine» de 1923 y 1924

Ceriosos volúmenes llenos de artículos e informaciones de interés para los aficionados. — Precio: 1,50 pesetas.

Historia de Mussolini y del fascismo

Estudio acabadísimo de la figura del eminente estadista. Su vida y su obra. Fundamentos espirituales e ideológico político del fascismo. — Precio: 30 cént.

Novelas

Amplísima colección de la famosa autora Carlota M. Braeme publicadas en la revista *El Cine*:

Dora. — *Conceder de oro*. — *Ascena*. — *Casada con dos maridos*. — *Por el pecado ajeno o lucha de amor*. — Precio: 2 pesetas tomo.

Cantares

Tomo I. — 500 cantares amorosos (declaraciones, ternuras, recuerdos, ponderaciones y serenatas).

Tomo II. — 500 cantares alegres (burlas, desprecios, desdenes, burladuras y discusiones). — Precio: 1 peseta tomo.

Música

35 cuadernos lujosamente editados de *Música Popular* con más de 700 páginas de música de gran éxito en los últimos años. 30 pesetas.

44 álbumes de El Epío conteniendo unas 670 composiciones musicales muy populares: 30 pesetas.

Cuentos de vida y amor

Interesantísima colección de cuentos y novelitas sentimentales del ilustre escritor Vicente Díaz de Tejada. Precio: 5'30 pesetas.

Album n.º XXXVI de Música popular

Dedicado al célebre y genial Álvaro Retana, que es a la vez un músico notable, exquisito y un artista de renombre universal. — Precio: 2 pesetas.

EN PRESA

Cantares

Tomo II. — Los cantares tristes (penas, ausencia, celos, desengaños, carceleras, soledades y sacris).

Manual de técnica cinematográfica

Indispensable tomo para los artistas, aficionados, técnicos y cuantos se preocupen por la cinematografía en todos sus aspectos. Contiene interesantísimos detalles acerca del origen del cinematógrafo, la cámara toma vistas y sus accesorios; la película virgen; el estudio; el artista; los trucos; el argumento; el laboratorio; la proyección; la electricidad y el cine; directorio de manufacturas, distribuidores y artistas; etc., etc.

Lea usted la revista popular ilustrada

EL CINE

el semanario ideal para las familias.
20 cts. ejemplar. - Suscripción: 2'50 pts. trimes.

Concesionario exclusivo de venta para Cataluña

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125

BARCELONA

Imp. GARROPÉ, Villarreal, 12 y 14. - BARCELONA

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

Suscripción:

2'50 pesetas

(trimestre)

con derecho a un elegante álbum de películas GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada.



PUBLICACIONES «EL CINE»
Paseo, 62-Tel. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14.